

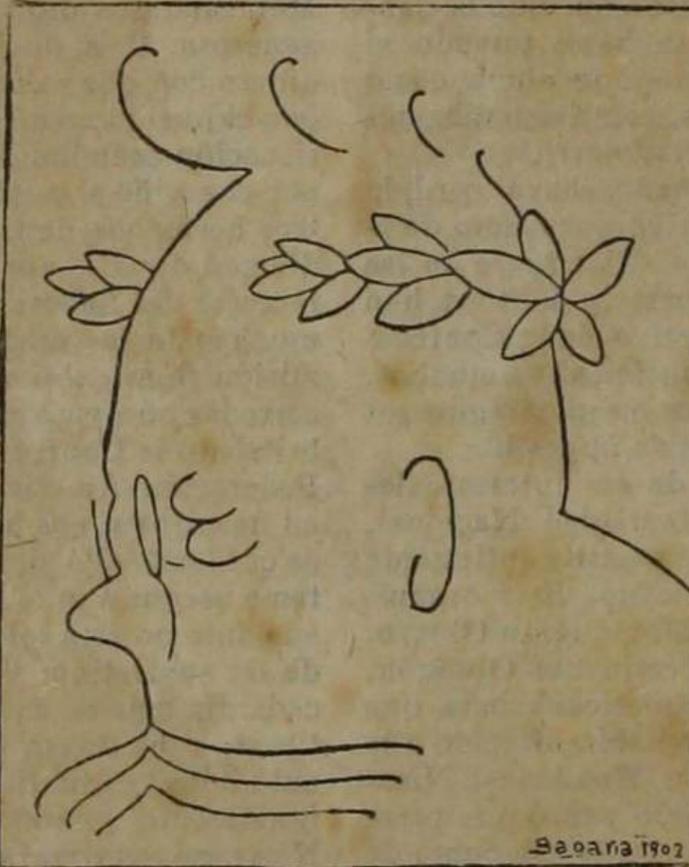
Angel Guimerá

(De *El Sol*, Madrid)

MUERE el patriarca de las letras catalanas y el duelo de Cataluña es duelo nacional. ¡Imposible contener el destino que en vida y en muerte hace de las altas personalidades locales, sea cual fuere el lugar en que viven y la lengua en que triunfen, glorias de todo un pueblo y orgullo de toda una nación! Ese destino, inclinado a unir, no a separar, hizo nacer a Guimerá en las islas Canarias, como a Galdós. Por azar de la suerte los dos españoles que llenaban con sus obras los escenarios de su patria habían venido de las islas Afortunadas. Y no ya por azar, sino por obra del espíritu que tiende siempre a extender sus dominios, el teatro de Guimerá obtuvo los mayores éxitos en lengua castellana, representado en castellano por un gran actor catalán: Enrique Borrás. Traspasó el mar, llegó hasta América el acento viril de Manelic en *Tierra baja* y tuvo de este modo una resonancia universal el genio del primer trágico de Cataluña.

La popularidad de Guimerá sólo puede compararse a la de Galdós. Desde *Mar y cielo* su nombre era familiar en España y producía una corriente simpática, de afecto, que no hubiera podido imaginar quien presenciara las efusiones nacionalistas en aquellos días hostiles en que el nombre del poeta servía como grito de guerra y sus obras como bandera de combate.

Tan cierto es que al desenvolverse la línea amplia de la Historia funde fuerzas, sucesos y valores que parecían antagónicos, y que, en el porvenir, la personalidad de Guimerá, y aun la del propio apóstol y definidor del catalanismo, Prat de la Riba, serán figuras necesarias en un capítulo íntimo de la vida de España. Hubo un momento en que muchos espíritus catalanes encontraron en Guimerá la voz elocuente y cálida que les faltaba. Habló la pasión en su famoso discurso de los Juegos Florales de 1889. Prat de la Riba, estudiando el que llama «proceso de la nacionalización catalana», dice que en aquel momento la bifurcación fue obra del odio. «La fuerza del amor a Cataluña, al chocar contra el obstáculo, llegó a transformarse en odio, y dejándose de odas y de elegías a las cosas de la tierra, la musa catalana llegó hasta la amenaza».



El poeta ANGEL GUIMERÁ

(Primera caricatura hecha por Bagaria).

La musa catalana habló entonces por boca de Angel Guimerá.

Pero el poeta catalán—y catalanista—era, además, «D. Angel Guimerá» para todos los públicos de las ciudades españolas, desde Barcelona hasta Málaga, desde Valencia a La Coruña. Había llegado a tener, más aún que mosén Cinto, y casi tanto como D. Benito, esa «bula» que el pueblo concede a sus hombres predilectos, considerándolos en cierto modo como hijos, al mismo tiempo que como patriarcas. Cada estreno del maestro catalán en teatros madrileños era nuevo y elocuente testimonio de la devoción del público.

Y esta demostración continuada de cariño no tiene solamente un valor afectivo. Demuestra también algo que para nosotros acaso no necesite ser demostrado, pero que en Barcelona no se ve tan claro como aquí, y es la identidad, la contemporaneidad de las distintas zonas espirituales españolas. Guimerá representa un momento de nuestro teatro, el mismo, exactamente, para Barcelona que para Madrid. Si hubiese, en realidad, diferencia de temperatura, *Tierra baja*, *María Rosa*, *Mar y Cielo* habrían tenido distinta acogida. En toda la nación y en cada una de sus regiones hay montaña y llano y tiene la misma poesía la figura shakesperiana de Manelic.

Para toda España es otra gran figura de una época ya pasada lo que desaparece. Van sustituyéndose nombres por nombres; otros poetas llegan con otros ritmos, y otras frentes son acreedoras a las mismas coronas, pero ¿volverá a haber «mestres en gay saber» como D. Angel Guimerá? ¿Volverá a enardecerse el público ante la palabra fogosa de un poeta en un discurso de juegos florales? ¿Resucitarán las glorias de la escena con triunfos tan populares como el de *Tierra baja*?

Lo popular se nos escapa. La literatura, en catalán y en castellano, ha perdido la sencillez de corazón y la claridad, la divina claridad de intelecto con que es preciso acercarse al eterno niño que es el pueblo. El secreto de Guimerá, ¿quién lo tiene hoy? ¿Quién lo tendrá mañana?

...Pero ya no se permite al individuo que deje de servir a su patria cuando ésta lo necesita. Los países latinos no toleran, y hacen perfectamente, a los «objetantes concienzudos». Tampoco se tolera el derecho a no ir a la escuela. Empieza a no tolerarse tampoco el derecho a ser sucio y propagar epidemias en el país. Tampoco se tolera la mendicidad. En la medida en que la inspección se hace practicable, se van haciendo obligatorias las virtudes del trabajo, de la higiene, de la educación y hasta de la independencia personal. Ahora se trata del derecho de propiedad. De una parte es innegablemente bueno. Sin la propiedad, ni se conservan, ni se utilizan las oportunidades naturales. De otra parte, es malo. El derecho a dejar de usar la propiedad es causa de pobreza, de emigración y de miseria innecesaria. ¿Por qué no ha de declararse que la propiedad es sólo sagrada cuando se utiliza? Mucho más fácil es sentenciar sobre si una propiedad se utiliza, que valorarla sin las mejoras. Si no hay fuerza política bastante para imponerse a la propiedad y condicionarla, tampoco la habrá para implantar las reformas que se proponen el mismo objeto por vías indirectas. Y si llegase a haber fuerza política, lo mejor sería hacer las cosas a derechas, aunque no fuera más que para que las gentes se enterasen de lo que se busca con las leyes.

RAMIRO DE MAEZTU